

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ** BARCELONA, mayo de 1895 ** NÚMERO 30

— Con el presente número se entregará el cuaderno 30 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



UN RECLUTA:

Al entrar yo en la tienda... vi tendido en el suelo un muchacho de noble aspecto... y arrodilléme junto á él..

SUMARIO

Un recluta (1861).—Diario de un pasajero (*conclusión*).—El cazador de caballos (*continuación*).—El saqueo de Panamá.—Pensamientos.

UN RECLUTA (1861)

El general Rousseau, del ejército federal en la gran guerra separatista, nos refiere el siguiente hecho:

«Dos días después de la batalla de Shiloh fué á la tienda en que se había establecido la enfermería, en el terreno mismo donde tuvo lugar la más sangrienta lucha, y donde habían caído muchos soldados nuestros y también de nuestros adversarios. Aquella especie de hospital era exclusivamente para los confederados heridos, que eran numerosos al rededor; y muchos de ellos, naturales de Kentucky, pertenecían á las fuerzas del general Breckenridge. Al entrar yo en la tienda, y cuando hablaba con un conocido mío, oí una voz que me decía algo, y su acento infantil me llamó la atención.

»Al volver la cabeza, vi tendido en el suelo un muchacho de noble aspecto, que podía tener unos diez y seis años. Tenía buen color en el rostro; pero las manchas rojas de sus mejillas y la dificultad con que respiraba, así como su tos, me alarmaron. Arrodilléme junto á él, oprimí entre mis manos su frente enardecida, y me lo hubiera llevado en brazos si hubiese sido posible.

»—Y ¿quién eres tú, hijo mío?—pregunté.

»—Soy Eddy M'Fadden, de Louisville,—contestóme;—y le conozco á V., general, así como también á su hijo Ricardo, pues los dos jugábamos en nuestra infancia. ¿Dónde está ahora?

»Al oír esta pregunta, pensé en mi propio hijo y en lo que podría haberle sucedido, pues era fácil que él también, engañado por algunos miserables, hubiera sido mortalmente herido, como el joven que estaba viendo, y abandonado después.

»Mi corazón se contristaba al contemplar aquel infeliz, pues era un niño. No me fué posible contener las lágrimas, y, á pesar de mi sufrimiento, pregunté por sus padres, á lo cual me contestó que era huérfano.

»—Tengo un hermano,—dijo.—Jamás supo lo que era ser soldado, y me han traído aquí poco menos que por fuerza.

»La bala había penetrado á través de la espalda, perforando los pulmones. Pregunté al herido qué necesitaba, á lo cual me contestó que tenía frío y que el suelo era muy duro. Yo no tenía tienda ni mantas, pues todos nuestros bagajes se hallaban á retaguardia en Savannah; pero le envié al pobre joven la manta del caballo, y á la mañana siguiente volví para llevarle algunos limones; pero su hermano, que servía en el 2.^º regimiento de Kentucky, se le había llevado para cuidarle. No volví á

verle más, pues murió á los dos días, víctima de aquella guerra fatal.»

DIARIO DE UN PASAJERO

(*Conclusión*)

»Viernes, 13. — También la mañana de hoy ha sido hermosa. El mar está brillante como un espejo, y el día ha tenido mucho interés por los experimentos practicados con nuestras máquinas. El objeto era averiguar cuál era la celeridad del buque relativamente con el grado de fuerza aplicada y el requerido consumo de carbón.

»El resultado se puede presentar de la manera siguiente en muy reducidas proporciones:

Fuerza de vapor por pulgada cuadrada	Revoluciones por minuto	Millas por hora	Coste de carbón por hora
3 1/2 libras	15 1/2	12 3/4	28
8 décimos	15	12 1/2	27
7 décimos	14	12 1/4	26
5 décimos	13	11	23

»Para los novicios, los procedimientos practicados tenían el carácter de una operación mística, y recordaban cierto incidente de la historia de un indio, que, al ver una máquina de vapor, le pareció que algún espíritu estaba aprisionado dentro de las calderas, y que, al encenderse el fuego debajo de estas últimas, se excitaba su furor, que lo ponía todo en movimiento.

»Las experiencias confirmaron notablemente el principio mecánico de las diferencias entre la proporción de fuerza aplicada y la de sus resultados.

»Sábado, 14. — El día se ha pasado bien, y á la caída de la tarde se han parado las máquinas, por primera vez en la travesía, para examinar las ruedas y ver si los tornillos continúan en buen estado. La tarde de los sábados se celebra á bordo de una manera especial: todo es alegría. En nuestro barco se pasó el tiempo entreteniéndose los pasajeros en lanzarse bolas de nieve.

»Domingo, 15. — Sopla una brisa muy favorable; se han cargado todas las velas, y el buque avanza majestuosamente. El buen tiempo reanima á todos, pues en el mar apréciase mucho más que en tierra.

»Lunes, 16. — Llega la mañana, y la noche se va en el mar lo mismo que en todas partes, y cada día tiene su crónica. El buque es un pequeño imperio, con su monarca y sus consejeros, sus nobles y plebeyos, sus códigos y costumbres, sus leyes y jueces; y la historia de un viaje se puede comparar con los anales de una era.

»En la noche pasada tuvimos oportunidad de apreciar la fuerza del vapor contra las influencias adversas del tiempo. El viento nos era contrario, y el mar estaba borrascoso; pero nuestro buque, si bien se hundía á veces hasta quedar las ruedas ocultas, siendo el balanceo

extraordinario, navegaba bien, y sus movimientos eran fáciles.

»Siete días después, durante los cuales no ocurrieron incidentes que merezcan especial mención, avistamos á eso de las tres de la tarde los Estrechos, y después la bahía y puerto de Nueva York.

»Al pasar por delante de la isla de Bradlow, fuimos saludados por el fuerte con una salva de veintiséis cañonazos.

»Al día siguiente llegábamos á Nueva York; y como se había anunciado ya nuestro arribo, una inmensa multitud nos esperaba, ocupando todos los mejores puntos de vista. En el punto llamado *la batería*, *habiase adornado todo con gallardetes y pabellones*; los cañones hacían salvas; las aclamaciones eran atronadoras, y el entusiasmo indescriptible. No había experimentado nunca tan profunda emoción como la que me produjo aquella escena.»

EL SAQUEO DE PANAMÁ

Era el 18 de agosto de 1670, cuando nuestro capitán salió del castillo de Chagres para emprender el viaje á Panamá. Nuestra fuerza constaba de 1,200 hombres, y llevábamos pocos víveres, porque esperábamos obtenerlos de nuestros enemigos, que, según sabíamos, ya estaban emboscados para sorprendernos. Esto era una imprudencia. Comprendímoslo así desde el primer día de marcha, y, bien fuera por esto ó por otra cosa, el caso es que nunca nuestra gente había emprendido una expedición con menos entusiasmo. Acaso influirían por mucho los cuentos de los prisioneros en Chagres, que insistían en los peligros y dificultades del camino. Por otra parte, los españoles habían podido disponer de dos meses para hacer sus preparativos y organizar sus emboscadas.

Apenas nos habíamos puesto en marcha, comenzaron ya las murmuraciones. Algunos dijeron que el naufragio del barco de Morgan era un mal pronóstico; y, aunque nuestros hombres no tenían nada de cobardes, muy pronto cundió el desaliento. En cuanto á Morgan, estaba muy animado. Juraba alegramente, según su costumbre, dictando disposiciones, y hacia desaparecer todas las dificultades como por magia. A una arenga que pronunció, recomendando á todos que se condujeran como hombres si querían volver á Jamaica cargados de riquezas, todos contestamos dando un viva al rey de Inglaterra y otro á Enrique Morgan.

Salimos con cinco lanchas cargadas de artillería y treinta y dos canoas. El primer día no se recorrieron más de seis leguas, y llegamos á un punto llamado *Río de los Bracos*, donde algunos de nosotros saltamos á tierra para dormir y estirar las piernas, porque íbamos muy oprimidos en los botes. Después de reposar un rato, comenzamos á pensar en los víveres, y varios de los nuestros se diseminaron por las inmediatas plantaciones para buscarlos; pero no se encontró nada, porque los espa-

ñoles habían huído llevándose cuanto tenían. Hasta habían arrancado de los árboles la fruta verde, extrayendo de la tierra las raíces vegetales. De modo, que la mayor parte de nosotros hubimos de contentarnos con una pipa de tabaco. Al parecer, sería preciso luchar antes de que se pudiera obtener alimento alguno; mas para esto debíamos encontrar al enemigo.

Al día siguiente se emprendió la marcha muy temprano, y á la caída de la tarde llegamos á un punto llamado *Cruz de Juan Gállego*. El río estaba tan seco aquí por falta de lluvia, y habían caído á través de él tantos árboles, que fué preciso abandonar nuestros botes y canoas algún tiempo; pero los guías reanimaron nuestras esperanzas un poco, diciéndonos que, á unas dos leguas más allá, los caminos eran bastante buenos para continuar el viaje por tierra. En su consecuencia, dejamos 160 hombres para guardar las embarcaciones, que podrían servirnos de refugio en caso de necesidad. Se les prohibió terminantemente desembarcar, pues no se podía saber qué emboscadas habría en los bosques, que eran sumamente espesos á lo largo de la orilla.

A la mañana siguiente, siendo el tercer día de viaje, todos los demás saltamos á tierra; pero los caminos estaban tan malos, que Morgan creyó más conveniente transportar algunas de las canoas, aunque con gran trabajo, á *Cedro Bruno*, conduciendo hasta aquí la mitad de la gente de una vez, y los demás después, de modo que por la noche estuvieron todos en el mismo punto. Nos aquejaba un hambre voraz, y deseábamos encontrar españoles ó indios para despojarlos y comer; mas, viendo que no había emboscada alguna, temimos algo muy malo, como, por ejemplo, que los espías españoles hubiesen atemorizado á las tropas con detalles exagerados sobre nuestras fuerzas.

Durante aquel día, Morgan destacó algunos exploradores, que no encontraron camino alguno, pues el país era llano y pantanoso; y, debiendo tratar de engañar inútilmente el hambre mascando hojas de los árboles del bosque, nos echamos en la orilla para ver si podríamos conciliar el sueño.

El cuarto día, el grueso de nuestras fuerzas avanzó por tierra lo mejor que fué posible, conduciéndonos un guía, mientras que los demás fueron á las canoas con otro, manteniéndonos á la distancia de dos tiros de fusil, para auxiliarnos, en el caso de caer en una emboscada.

Sin embargo, los españoles estaban, sin duda, muy bien servidos por sus espías, sumamente hábiles, al parecer, pues á menudo daban aviso de nuestra llegada con seis horas de anticipación.

Aquel día, á la entrada de la tarde, llegamos á la inmediación de un punto llamado *Torna Caballos*, y aquí el guía de una canoa gritó que veía una emboscada. Buena noticia era ésta, que alegró á todos, y, empuñando las armas, nos precipitamos hacia el sitio, sabiendo que los españoles llevaban siempre abundantes



DIARIO DE UN PASAJERO: La tarde de un sábado

víveres. Apenas divisamos el atrincheramiento, que tenía la forma de media luna, componiéndose las empalizadas de troncos de árboles sin descortezar, proferimos un grito de rabia, ó, más bien, de hambre, precipitándonos como lobos voraces y tratando cada cual de ser el primero en cruzar la espada con el enemigo,

aunque creíamos sinceramente que la fuerza contraria sería, por lo menos, de cuatrocientos hombres. Pero, ¡ay de mí!, cuando llegamos al sitio no encontramos un solo soldado: los españoles habían huído, sin dejar más que algunos morrales de cuero, todos vacíos, y migas de pan esparcidas por el suelo. Enloquecidos por

el hambre, al ver aquello, hicimos trozos las chozas construidas por los españoles, y, cortando los morrales en tiras, mascamos éstas á falta de alimento. Hasta hubo disputas por coger las tiras más grandes.

Poco después resonó otra vez el redoble de los tambores y prosiguióse la marcha, amenazando algunos devorar al primer fugitivo que encontraran. Al anochecer, llegamos á otro puesto, llamado Torna Muni, donde se encon-

taban más débiles fueron conducidos á las canoas, y, ya muy entrada la noche, llegamos á unas plantaciones llamadas las Tabernillas, donde dormimos algunas horas.

El sexto día viajamos alternativamente por agua y tierra, y era preciso detenernos con frecuencia, tanto por lo escabroso del terreno como por nuestra debilidad. Por la tarde llegamos á una plantación donde se encontró un granero lleno de maíz. Nos precipitamos con



DIARIO DE UN PASAJERO: Entrada en el puerto de Nueva York

tró otra emboscada tan desierta como la anterior. Exploraronse los bosques inmediatos, pero tampoco se encontró nada de comer. Por felices se dieron aquellos que guardaban un pedacito de cuero para la cena y podían beber después un trago de agua.

En la tarde del quinto día llegamos á un punto llamado Barbacoa, y aquí se encontraron también varias emboscadas desiertas. Se exploraron detenidamente las plantaciones inmediatas; pero no se halló un solo hombre, ni animal, ni planta; pero, al fin, dimos con una gruta, abierta, al parecer, recientemente en la roca, y dentro de la cual encontramos dos sacos de harina, trigo y otras cosas semejantes, con dos grandes jarras de vino y unos frutos llamados plátanos. Morgan, viendo que algunos estaban casi muertos de hambre, repartió aquello entre los más necesitados. La harina se mezcló con agua, y, cubriendola con hojas de banana, se coció en el fuego. Despues continuó la marcha con nuevo vigor. Los que es-

tra las puertas, derribándolas al primer empuje, y devoramos cuanto se pudo coger, distribuyéndose luego una regular cantidad entre los que no habían comido. Más reanimados esta vez, caminamos otras dos horas, llegando, al cabo de algún tiempo, á otra emboscada. Apenas se divisó, algunos de los nuestros arrojaron su maíz, esperando encontrar todo abundante; pero también nos engañamos esta vez, pues no se halló absolutamente nada, si bien vimos en la orilla más lejana del río un centenar de indios, que huyeron al vernos. Algunos de mis compañeros trataron de cruzar la corriente para ver si cogían alguno de los fugitivos; mas en vano, pues eran más ligeros que nosotros en la carrera, y hasta mataron dos ó tres de sus perseguidores con sus flechas, gritando:

— ¡Ah, perros ingleses! ¡Á la sabana, á la sabana!

Al fin, fué necesario cruzar el río para continuar la marcha por la orilla opuesta, y poco

después hicimos alto para pasar la noche, aunque no se nos dejó dormir mucho. Las murmuraciones contra Morgan iban en aumento, y censurábbase su manera de conducir la expedición. Algunos hablaban ya de retroceder; pero nuestro guía, sobornado tal vez por el capitán, nos consoló diciendo que no tardaríamos en hallar gente, de la cual obtendríamos lo más necesario.

En la mañana del séptimo día limpiáronse las armas y descargamos nuestras pistolas ó carabinas, con pólvora sola, para ver si estaban corrientes y al mismo tiempo para anunciar á los españoles nuestra llegada. Después se emprendió la marcha de nuevo, y á poco llegamos á un pueblo llamado Cruz, donde, según se observó desde lejos, salía mucho humo de las chimeneas, por lo cual esperábamos encontrar abundante alimento. Habíamos acelerado el paso, y cuando llegamos, jadeantes y sin aliento, no se encontró alma viviente ni nada de comer. En cuanto á los fuegos, eran las casas que ardían, á las cuales habían pegado fuego los habitantes antes de abandonarlas, y solamente se hallaban intactos los almacenes del rey y las cuadras.

Por de pronto, no encontramos más que algunos gatos y perros perdidos, que fueron muertos al punto para devorar su carne; pero en las cuadras hallaronse diez y seis jarras de vino del Perú y un saco de cuero lleno de pan. Apenas hubieron bebido algunos de los nuestros, experimentaron indecible malestar. Esto les hizo creer que el vino estaba envenenado, y todos se dieron por hombres perdidos; pero la verdadera causa era la falta de alimento y la diversidad de sustancias que habían comido. Esta indisposición nos retuvo donde estábamos hasta la tarde del día siguiente, y entonces salimos del pueblo, situado á 9° 2' de latitud N., distante de Chagres veintiséis leguas españolas y ocho de Panamá. También era éste el último punto á que los botes y canoas podían llegar, por cuya razón los españoles tienen aquí almacenes para toda clase de mercancías que se importan en Panamá ó se exportan por medio de mulos. Morgan, por lo tanto, debió dejar sus canoas, desembarcando toda la gente, muy debilitada, por cierto; y ahora, mostrándose más severo en la disciplina, ordenó que no saliera del pueblo ninguna partida de menos de cien hombres. Cinco ó seis ingleses que desobedecieron la orden, impulsados por el deseo de obtener víveres, fueron víctimas de los indios.

En la mañana del octavo día, Morgan destacó 200 hombres como avanzada para buscar el camino de Panamá y ver si había emboscadas. El sendero por donde debían ir era tan angosto, que sólo podían pasar diez personas de frente, y á menudo no tantas. A las diez horas de marcha llegaron á un lugar conocido con el nombre de Quebrada Oscura, donde cayó de repente sobre ellos una lluvia de tres ó cuatro mil flechas, sin que pudieran ver de dónde procedían ni quiénes eran los que las disparaban, si bien sospecharon que habían partido de

una alta montaña pedregosa que cruzaba el camino por un puente natural ó arco, no pudiendo pasar por éste á la vez más de una mula cargada. Aunque no veían más que rocas y árboles, nuestros hombres contestaron con una descarga, y dos indios cayeron rodando hasta el paso. Uno de éstos, que parecía ser jefe, pues llevaba por adorno en la cabeza un penacho de plumas pintadas, trató de atravesar á un inglés con su azagaya ó jabalina; mas el aventurero paró el golpe y remató á su contrario.

Los demás indios emprendieron la fuga al ver esto, y nuestra gente los persiguió para coger algunos prisioneros; mas no fué posible competir con ellos en la carrera. La avanzada perdió ocho hombres y resultaron diez heridos; pero si los enemigos hubieran sido más diestros en asuntos de guerra, habrían defendido fácilmente aquel paso, impidiendo que lo franqueara ni un solo hombre.

Poco después, los aventureros llegaron á una extensa campiña, con magníficos prados, y desde allí vieron á cierta distancia varios indios en la cumbre de una colina, muy cerca del camino por donde debían pasar. Se enviaron cincuenta hombres, los más ligeros, para perseguirlos; pero esta vez escaparon también, gracias á su extremada ligereza, y muy pronto aparecieron en otro lugar, gritando:

—¡A la sabana, á la sabana, perros ingleses!

No tardó en llegar Morgan con el resto de la gente; y como viera un bosque delante de nosotros, destacó un centenar de hombres (yo entre ellos) para practicar una exploración. Entonces, indios y españoles bajaron de las alturas para atacarnos; pero, una vez en el bosque, desaparecieron y no volvimos á verlos, quedando, de consiguiente, el paso libre.

Llegada la noche, comenzó á llover copiosamente, y apresuramos el paso, buscando casas para preservar nuestras armas de la humedad; pero los indios habían pegado fuego á todas, llevándose sus ganados. No obstante, después de buscar mucho, encontraronse algunas chozas de pastor; pero pocos hombres podían refugiarse allí, y utilizáronse, sobre todo, para guardar las armas, encargándose á varios hombres su custodia. Los que hubieron de quedar-se al aire libre padecieron mucho.

Al amanecer del día siguiente, que era el noveno de nuestro enojoso viaje, emprendimos la marcha otra vez, habiendo ordenado Morgan que descargásemos todas las armas, por temor de que la lluvia hubiese mojado la pólvora. Avanzamos á buen paso mientras duró el aire fresco de la mañana, pues las nubes, suspendidas aún sobre nuestras cabezas, eran mucho más favorables que los abrasadores rayos del sol. A las dos horas descubrimos una partida de unos veinte españoles y varios indios; pero no fué posible acercarnos lo bastante para batirnos, aunque lo deseábamos con ansia.

Al fin, después de trepar lentamente por una escabrosa montaña, vimos de improviso el Mar del Sur, que brillaba ante nosotros. ¡Júzquese cuál sería nuestro regocijo! Parecíanos que

llegábamos al término de nuestras fatigas, y á lo lejos divisamos un barco y seis botes que salían de Panamá, al parecer con rumbo á las islas de Tavoga y Tavogilla, situadas á unas seis leguas de distancia. Entonces, favorecidos aún por la fortuna, bajamos á un valle donde había mucho ganado, del cual matamos considerable número de reses, sin perdonar mulas y caballos, que abundaban más. Los inválidos se ocupaban en preparar las hogueras, donde arrojábamos los pedazos de carne, para devorarlos después medio carbonizados ó tostados con increíble voracidad. Tal era nuestro hambre, que, más bien que europeos, parecíamos caribes, y la sangre nos corría por la barba hasta la cintura.

Pero nuestro capitán era siempre el mismo hombre. Ni el hambre, ni la abundancia, ni la adversidad, ni el triunfo, le inmutaban en lo más mínimo. Sabiendo que estaba rodeado de enemigos, y temeroso de una sorpresa, dispuso que los tambores diesen la señal de alarma. Esto bastó para que todos se pusieran en pie, guardando lo que no habían tenido tiempo de comer aún. Solamente nuestro aspecto hubiera sido suficiente para aterrizar á los más atrevidos, puesto que, así en guerra como en amor, los ojos son los que más se expresan.

Morgan destacó de nuevo una avanzada de cincuenta hombres para que tratasen de coger algunos prisioneros, pues preocupábale mucho no haber encontrado durante los nueve días de viaje una sola persona que le informara sobre el estado y fuerzas del enemigo. A la caída de la tarde, esta vanguardia divisó á unos doscientos españoles, que les gritó; mas no entendieron lo que decían.

Poco después, casi al anochecer, al trepar á la cumbre de una pequeña colina, vimos los más altos campanarios de la ciudad de Panamá.

Ante este espectáculo creímos volvemos locos de alegría y arrojamos nuestros sombreros al aire, saltando y gritando como si ya fuésemos dueños de la plaza. Al mismo tiempo, nuestros tambores batieron ruidosamente, resonaron las trompetas, y cada hombre preparó sus armas, enarbólándose al mismo tiempo la bandera roja. Fué una hora de alegría, que compensaba todas nuestras tribulaciones.

Preparóse el campamento para pasar la noche, con mucho regocijo de todo el ejército, que esperaba la mañana para dar principio al ataque; pero antes de entregarnos al descanso presentáronse cincuenta jinetes de la ciudad, atraídos, sin duda, por los tambores y trompetas, y, poniéndose á tiro de mosquete, tocaron su clarín como para desafiarnos, gritando después:

—¡Perros: mañana nos veremos en la sabana!

Cuando se hubieron marchado todos, excepto seis ú ocho, que parecían observar nuestros movimientos, nos fuimos á descansar, sin hacer caso de sus amenazas. Morgan no quería luchar sino á la luz del día en un país desconocido para él.

Apenas hubo vuelto á la ciudad el destaca-

mento de caballería, los cañones de la plaza comenzaron á tronar, mientras que sus habitantes disparaban sus armas contra nosotros, lo cual no era más que gastar pólvora en balde, puesto que no estábamos á su alcance. En cuanto á Morgan, dobló los centinelas, manteniéndolos alerta con el toque de los tambores; pero sobraba esta precaución, pues nosotros, en vez de dormir, nos ocupamos otra vez en comer de la mejor gana. Una vez satisfechos del todo, nos tendimos sobre la yerba esperando impacientes á que despuntara el nuevo día.

Al fin, amaneció. Oyóse el toque de diana en Panamá, y nosotros, poniéndonos en pie, contestamos con tambor y trompeta, marchando poco después hacia la ciudad. Sin embargo, como quiera que un guía advirtiese á Morgan que no era conveniente ir por la carretera, por temor á una emboscada, nos desviamos para seguir otro camino á través del bosque, muy difícil de atravesar á causa de la espesura. Apenas nos divisaron los españoles, abandonaron sus baterías apresuradamente y concentraronse en la llanura. El gobernador de Panamá ordenó sus fuerzas lo mejor que pudo; pero, seguramente, el repentino cambio en nuestros planes le había desconcertado.

Al cabo de dos horas de marcha llegamos á la cumbre de una pequeña colina, desde donde se dominaba toda la ciudad, viéndose la campiña, que se extendía más lejos. En ésta se hallaba el ejército español, reunido apresuradamente; había dos escuadrones de caballería, cuatro regimientos de infantería y otro enemigo más terrible, cual era un considerable número de toros salvajes, conducidos por una multitud de indios y de negros, y que mugían furiosos, azotando el lomo con sus colas. Tan amenazador era el aparato, que durante un momento quedamos sorprendidos por el temor, dudando mucho del éxito de la jornada, contándose, sin duda, entre los nuestros muchos que hubieran querido hallarse junto á su hogar, ó, por lo menos, libres de todo compromiso. Sin embargo, después de reflexionar, se comprendió que, una vez llegados hasta aquel punto, era preciso batirse resueltamente ó morir, pues no se podía esperar cuartel del enemigo, con quien se cometieron tantas crueza-

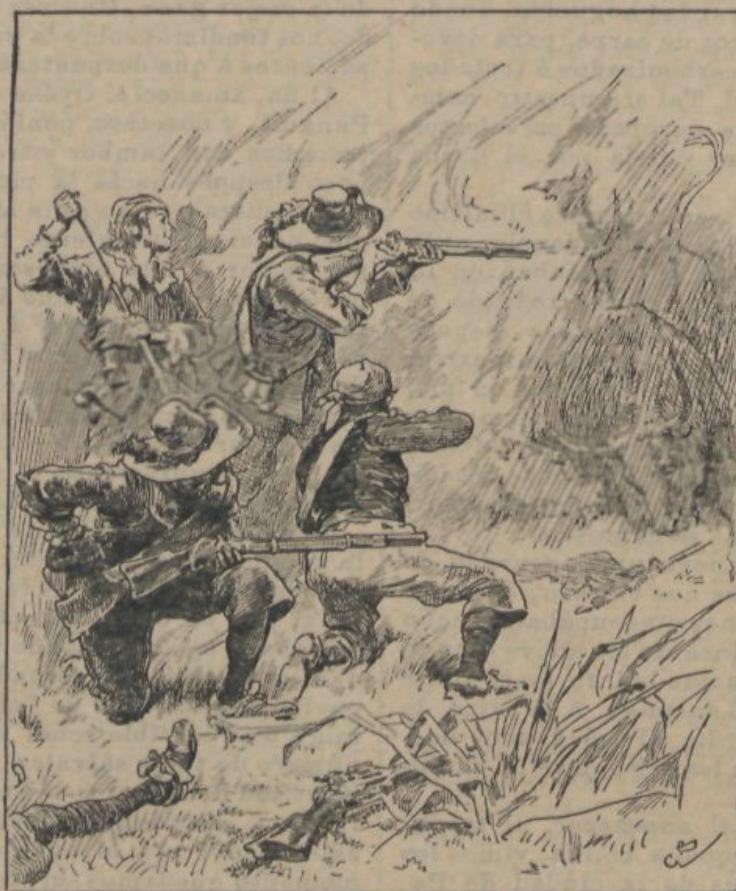
des. Al fin, nos dividimos en tres batallones, destacando de avanzada doscientos aventureros muy diestros en el tiro, que bajaron por la colina, avanzando directamente hacia el enemigo.

Apenas estuvieron cerca, los españoles comenzaron á gritar: —¡Viva el rey!, y la caballería corrió al encuentro; pero como los campos estaban llenos de guijarros, hallándose el terreno reblandecido por la humedad, no pudieron maniobrar como querían. Los doscientos aventureros, entretanto, rodilla en tierra, hicieron una descarga, y en vano trató la caballería de atravesar aquella línea de fuego. Los soldados iban cayendo unos tras otros, y, al fin, Morgan ordenó el ataque general. En cuanto á los toros, espantados por el estrépito

de las detonaciones, emprendieron la fuga, y solamente algunos se precipitaron entre las compañías de aventureros, sin causar más daño que hacer jirones las banderas; pero todos quedaron muertos. Algunos escaparon por la llanura; pero los más precipitáronse contra las fuerzas españolas y rompieron sus líneas.

El fuego continuó durante dos horas; pero

compuesto de 400 hombres, veinticuatro compañías de infantes de cien plazas cada una, 60 indios y algunos negros, que debían conducir 2,000 toros salvajes para soltarlos contra los ingleses é introducir el desorden en sus filas. Además de esto, habíanse levantado trincheras en la ciudad, montando baterías en diversos puntos con numerosos cañones. A la entra-



EL SAQUEO DE PANAMÁ: Los aventureros, rodilla en tierra, hicieron una descarga

la caballería enemiga hallábase ya en parte destrozada, y los jinetes que sobrevivían huieron; mientras que la infantería, dejándose dominar por el pánico, descargó sus armas y arrojó las después. No teniendo nosotros caballería, era imposible perseguir al enemigo, y además estábamos muy cansados, sin contar que debían temerse las emboscadas. Algunos enemigos, no pudiendo refugiarse donde deseaban, ocultáronse entre la maleza, pero muy desgraciadamente para ellos, porque los más fueron descubiertos y no se les dió cuartel. Morgan mandó fusilar también á varios religiosos á quienes se hizo prisioneros, mostrándose sordo á sus súplicas. Poco después presentaronle un capitán de caballería que acababa de ser cogido, y pidióle informes exactos sobre las fuerzas que había en la ciudad. El prisionero confesó que se reducían á un escuadrón

da del camino que conducía á Panamá, añadió el prisionero, habíase construido un fuerte, defendido por ocho cañones y cincuenta hombres. La emboscada había estado esperando á los aventureros dos semanas.

(Se concluirá)

*** PENSAMIENTOS ***

—La avaricia dejaría sin pan á la humanidad entera, sin proponerse por eso la hartura. Porque despoja á sus víctimas sin otro provecho que el de atesorar por el goce que la rapiña le proporciona. Bajo este punto de vista, el avaro es un ser repugnante y al mismo tiempo desdichado.

—El lujo es una trampa donde caen las personas vanidosas.

=ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA=

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de **La Ilustración Ibérica**: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA